



AMOR

POEMA ORIGINAL
DE SALVADOR CARRERA

INTRODUCCIÓN

Por áspero sendero de espinas y de abrojos
que la insegura planta destrozan sin piedad,
bañando sus mejillas raudales de los ojos,
dejando como rastro sus míseros despojos,
camina lentamente la pobre humanidad.

Del monte entre los riscos, del mar en las arenas,
perenne el eco gime, con ayes de dolor;
de llanto, no rocío, las hojas están llenas;
la brisa más balsámica saturase de penas
cuando amorosa lleva sus besos a la flor.

Esconde el arroyuelo que lánguido murmura,
su cenagoso fondo tras límpido cristal;
refleja el lago infecto la célica hermosura,
de inmundos esqueletos el prado es sepultura,
son savia de la vida los restos del mortal.

Aromas ponzoñosos perfuman el ambiente,
desciende de los cielos el rayo abrasador,
inunda extenso valle mansísimo torrente,
sus blancas plumas deja la tórtola inocente
en las rojizas garras del gavián raptor.

Tendido muellemente en lecho voluptuoso,
cual siervo sus cadenas, las playas besa el mar;
mas... truécase en tirano, levántase impetuoso,
y cada ola gigante, abismo abre espantoso
que atrae, absorbe, traga y vuélvese a cerrar.

Apenas el sol vierte dorados resplandores,
sobre la tierra tiende la noche un negro tul;
se ven sólo entre nubes del iris los colores;
las furias del espacio condensan sus vapores
y manchan la pureza del firmamento azul.

Cruel naturaleza, sin tregua nos advierte
que á su prestado encanto impone un interés;
la plácida alegría en duelo se convierte,
la vida miserable se paga con la muerte,
¡que todo cuanto nace ha de morir después!

Azote de sí misma, creó los elementos
que hacer gala debían de negra ingratitud;
rugidos espantosos y armónicos acentos;
en mezcla tumultuosa, delicias y tormentos;
en incesante lucha, el vicio y la virtud.

En cuanto ven los ojos ó la razón alcanza,
hay átomos fecundos que amasa el bien y el mal,
cual si pactado hubieran indisoluble alianza;
va siempre el desengaño en pos de la esperanza
para trocar en mito la dicha terrenal.

Por esto la benéfica Omnipotente mano
que guía el dulce impulso del Virginal Candor;
el Dios, padre del hombre, el Dios del hombre herma-
para consuelo eterno del corazón humano, [no,
labró en la tierra mísera la fuente del AMOR.



G. CAMPS

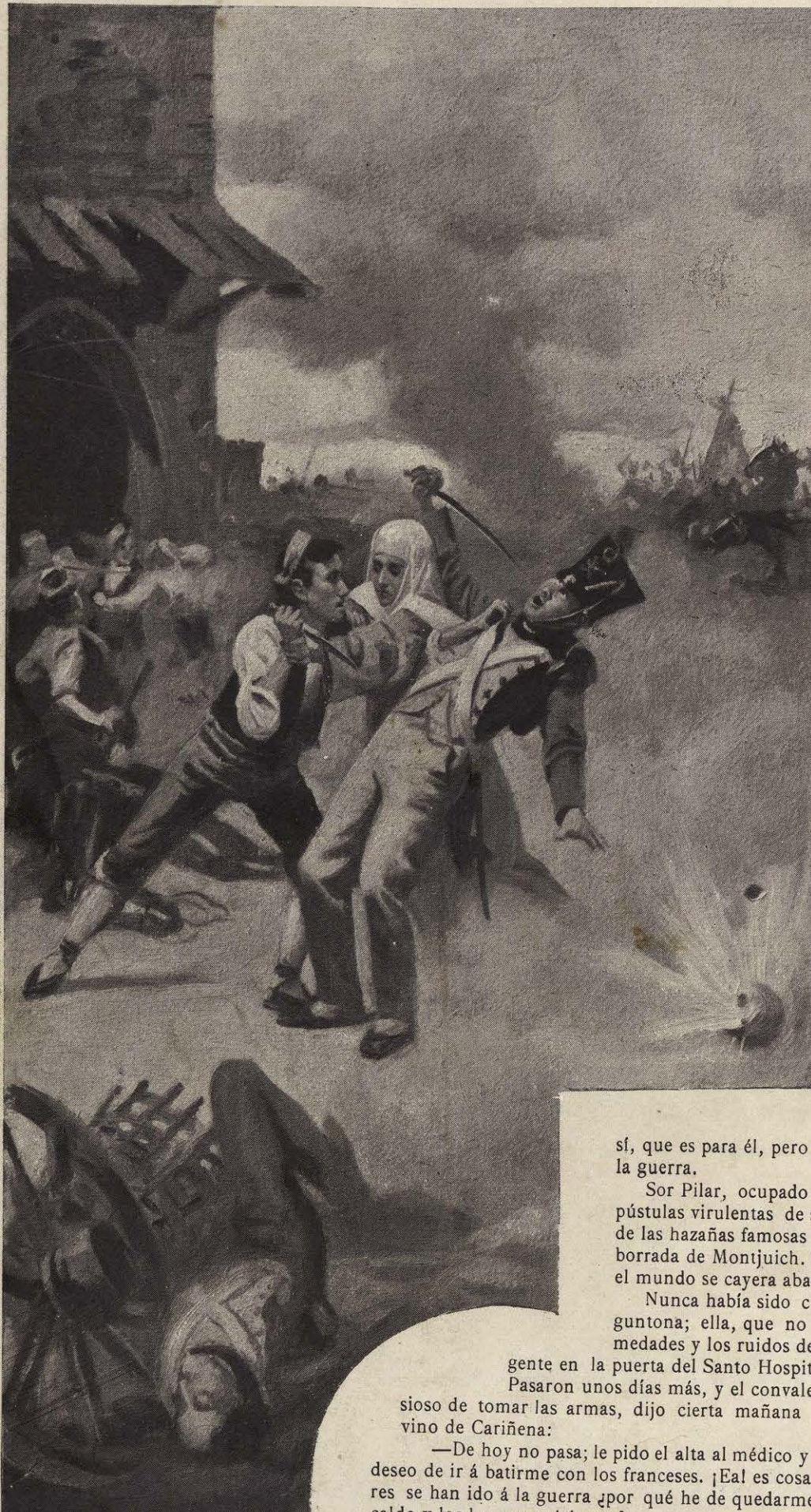
Orlado por GASPAS CAMPS.

(Continuará).



JOAQUIN SOROLLA

ESTUDIO PARA UN CUADRO



SOR PILAR

SOR Pilar, sin el hábito religioso de las Hermanas de la Caridad, hubiera parecido sencillamente una muchachuela de diez y siete años. A tal punto llegaban la frescura de sus mejillas, la alegría y vivacidad de sus ojos, lo alocado de su mirada, el rojo húmedo de sus labios y la picaresca comisura de su boca, siempre sonriente, que costaba trabajo creer, á la vista del hábito, que aquella era una mujer consagrada á la religión, y no al mundo.

Cuando estalló la guerra, Sor Pilar se encontraba en un Hospital civil cuidando enfermos. Delicada de facciones, pero no mucho de estómago, se había sepultado en una sala de variados, en el peligro de flotantes miriadas de pulverizadas escamas.

Jorge era uno de esos baturros de la buena cepa, pobre en bienes materiales, pobreza que le había llevado al Santo Hospital; pero rico, riquísimo en rudeza, en corazón, en desabrimientos bárbaros.

Apenas comenzado el período de escamación, pues el pobrete convalecía de unas viruelas de órdago á las que él llamaba «cuatro cochinos malos granos», dijo un día á Sor Pilar:

—Hermana, la cosa se pone tan fea, que me parece que en cuanto salga de aquí me voy al baile. Tanto valía dejar en esta casa el pellejo, como los huesos para lifara de cuervos.

—¿Pues qué ocurre?

—Nada, casi nada. Que un señor que se llama Napoleón y que se ha metido á chafar naciones, lo mismo que yo escacho una cabeza de ajos para el ájilimójili de mis caracoladas, se nos ha entrado de rondón en casa diciendo: «yo quiero esto» y nosotros le hemos dicho que

sí, que es para él, pero en cuantico que pueda cogerlo, y le hemos declarado la guerra.

Sor Pilar, ocupado el pensamiento en todas las metamorfosis de las pústulas virulentas de sus enfermos, no había tenido ocasión de enterarse de las hazañas famosas de las pelotillas de nieve en Pamplona y de la tamborrada de Montjuich. Quizá era la única española que veía, sin temor, que el mundo se cayera abajo ó que el cielo se precipitase sobre la tierra.

Nunca había sido curiosa, pero intrigada por Jorge comenzó á ser preguntona; ella, que no conocía del mundo más que la miseria de las enfermedades y los ruidos de la calle, se permitió formar parte de los corrillos de gente en la puerta del Santo Hospital para comentar los rumores de lejanas ocurrencias.

Pasaron unos días más, y el convaleciente, quemándole ya las sábanas del lecho y ansioso de tomar las armas, dijo cierta mañana á Sor Pilar cuando ésta le servía la ración del rico vino de Cariñena:

—De hoy no pasa; le pido el alta al médico y si no me la da, me escapo. No puedo resistir más al deseo de ir á batirme con los franceses. ¡Eal es cosa resuelta. Además, si hasta los chicuelos y las mujeres se han ido á la guerra ¿por qué he de quedarme en el Hospital regalándome con el vino y el sopicaldo y los buenos colchones?

—Y diga, hermano... ¿también sería yo útil en el campo de batalla? —preguntó Sor Pilar con gran interés.

—Pronto se aprende á retacar un fusil, y para disparar contra esos condenados que han hecho la barbaridad de Madrid, todos sirven. ¡Cuantos más seamos, más franceses mataremos!

—Pero, oiga, hermano... si yo no quiero matar, si no quiero aprender á cebar fusiles ¿no podré servir para algo?...

El convaleciente, á quien no le cabían en la cabeza más ideas que las de matanza y de exterminio, tuvo como un momento de inspiración, miró sorprendido á Sor Pilar y la dijo:

—Hermana, es usted un clavellín que se pondría negro con el humo de la pólvora. Una mujer tan hermosa no debe ir al campo de batalla á ver atrocidades con esos ojos de cielo azul.

—Hermano, —contestó ruborizada Sor Pilar y sonriendo— le dejo hoy sin ración de vino si vuelve á ofender á Dios.

—¿Cómo ofenderle! Lo que hago es alabarle admirando una de sus obras.

La monja tomó el sabio partido de no discutir con el baturro, pero no apareció más por la sala de variolosos hasta que el convaleciente Jorge, apenado por no ver á Sor Pilar, tomó el olivo yendo á incorporarse á uno de los batallones que mandaba Palafox.

La guerra siguió su curso con aquellas penosas alternativas entre el desaliento y la esperanza, con aquellas tremendas derrotas de los franceses, con aquellas batidas sangrientas de españoles, que caracterizaron nuestra gloriosa guerra de la Independencia.

Sor Pilar quedó encerrada en Zaragoza con uno de los batallones de la división de Palafox, sin poder siquiera regresar á su Hospital de Huesca, cuando empezó el segundo sitio de la Siempre Heroica.

Pero no quiso ingresar en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Entendía, y no sin razón, porque le sobraba valor para ello, que sus tiernas solicitudes serían más eficaces en el campo de batalla. Sor Pilar tenía mucho de enfermera, pero mucho más de cirujana. Y, provista de su farolillo, inclinándose sobre los cuerpos tendidos en el campo de la lucha, ensangrentando su blanca toca y teñiendo en rojo sus preciosas manos diminutas, fué sorprendida muchas noches en la piadosa faena de reconocer cuerpos inertes, por si alguno de los tendidos por muertos podía volver á la vida.

La penosa tarea de Sor Pilar no fué infructífera; algunas docenas de hombres le debieron el no ser llevados á las grandes zanjas en donde se amontonaban los cadáveres.

Sor Pilar no hacía distinción de nacionalidades. La soldadesca francesa de Lannes y Verdier, como los baturros de la huerta de Zaragoza, todos miraban con igual respeto á la sublime mujer que en lo más fragoroso de la pelea se inclinaba sobre los heridos para calmar con el bálsamo de sus frasquitos el cruel dolor de las heridas ó para dirigir á los moribundos, en los instantes de agonia, palabras de consuelo en nombre de la patria, de los padres, de los hijos, de las esposas y de los hermanos.

En uno de los innumerables encuentros con los franceses, pues en la lucha épica del segundo sitio de Zaragoza los combates generales y las pequeñas escaramuzas se repetían día tras día, apareció de pronto ante los ojos de Pilar, entre el humo de la explosión de una granada, la figura de Jorge, terrible, feo como un demonio, ennegrecido por la pólvora y monstruoso con las innumerables pecas de su rostro, brillantes y cubiertas de sudor.

El valiente Jorge tenía asido por el pescuezo á un francesillo joven que, invocando á Dios y á su madre, hacía esfuerzos inauditos para esquivar el golpe fatal de la cuchilla de Jorge. Sor Pilar, rápida como el rayo, conociendo á su enfermo, se interpuso entre los combatientes, evitando con un movimiento de su brazo que el cuchillo de Jorge se hundiese en el corazón del francés.

En aquel instante, una carga de caballería francesa separó á este grupo del resto de los combatientes que, escalonados y disparando, retrocedían hacia los huertos que se extendían al frente del antiguo convento de San Francisco.

Jorge quedó prisionero de los franceses. Sor Pilar, desconocida del pelotón que les rodeó en aquel sublime momento de la lucha de dos hombres, fué también llevada prisionera.

El general Lannes fué ciertamente uno de los más caballerosos generales de Napoleón; sentía admiración por Zaragoza y así lo expresaba en sus partes al Emperador. No se tiene noticia de que hubiera fusilado á ninguno de sus prisioneros de Zaragoza. Sin embargo, parecía tan feroz, tan repugnante el intento de Jorge de asesinar al francés, que Lannes reunió el Consejo de guerra con ánimo de castigar al baturro.

Este, impasible, decía á Sor Pilar:

—No me ha dejado, hermana, matar á un prisionero, y ahora me matarán á mí.

Sor Pilar no decía nada. Permaneció pensativa unos instantes, y lenta, cabizbaja, contando los pasos, se dirigió á la tienda de Lannes.

Este, que no conocía personalmente á Sor Pilar, pero que oía hablar uno y otro día de sus actos heroicos y sublimes de caridad, se descubrió con respeto al oír el nombre de la monja y, sin aguardar á que ésta se explicase, hizo salir precipitadamente á sus ayudantes dándole órdenes en voz baja y saliendo detrás de ellos.

Sor Pilar oyó asombrada el ruido inusitado del campamento, el trote de los caballos, el toque de las cornetas, el rumor característico de los grandes sucesos militares. No sabía explicarse á qué podía obedecer aquel movimiento insólito después de la brusca salida de Lannes. Este volvió una hora después, seguido de un brillante cortejo de generales y ayudantes que hicieron á la monja el saludo militar.

—Sor Pilar, —la dijo Lannes en correcto castellano— por no herir el sentimiento de dignidad de vuestros nobles y valientes compatriotas, no puedo condecoraros con el águila francesa que ponemos en el pecho de nuestros héroes; pero vais á recibir todos los honores que merecen vuestra virtud y vuestra caridad inagotable. Pedid la gracia que queráis y os será concedida al punto.

Lannes, que imaginaba ya lo que Sor Pilar pediría, se sonreía dulcemente. Sor Pilar, con los ojos desmesuradamente abiertos, balbuceaba una oración. Luego, con aire de extremada resolución, se encaró con el general diciéndole: —Quiero rescatar la vida del prisionero Jorge.

—Es imposible, está sentenciado á muerte, —contestó el general, fingiendo gravedad.

—Quiero más, —dijo con energía Sor Pilar— quiero la libertad del valiente Jorge; yo salvo por la Religión, y cumplo mi deber; Jorge mata por la patria y cumple su deber; el que mata por la patria no es asesino, es un valiente.

Los generales, emocionados, volvieron la cabeza.

A pocos pasos de distancia apareció un pelotón conduciendo al baturro.

—En nombre de la Caridad, y por el honor de las banderas francesas, —dijo Lannes— estás libre. —Y empujó á Jorge á los brazos de la monja. El espectáculo fué majestuoso, magnífico. Sor Pilar miraba el limpio cielo azul aragonés con sus límpidos ojos, serenos y reflejando el azul del cielo, mientras Jorge, abrazado á ella, derramaba abundantes lágrimas de emoción y de gratitud.

Y frente á ese cuadro soberbio, en el silencio sepulcral de la gran esplanada, Lannes y sus generales permanecían descubiertos.

De pronto, estalló el ruido de las músicas y desfilaron los regimientos desplegando sus banderas y humillando hasta el suelo sus águilas al pasar frente á aquel grupo de la monja y el baturro abrazados.

—No me ha salvado Lannes, —decía barboteando en sollozos el guerrillero— me has salvado tú, hermana mía, tú que me habías perdido.

—No, te han salvado, hermano, la Religión y la Patria, porque yo también sirvo á la Patria y soy soldado que cura en vez de ser soldado que mata.

Y en tanto, los soldados de las Pirámides, de Jena, de Arcola y de Priedland, lloraban recordando que su Emperador volvió una sola vez la cabeza en los campos de batalla, y que la volvió para mirar á una monja, tal vez hermosa como Sor Pilar.

